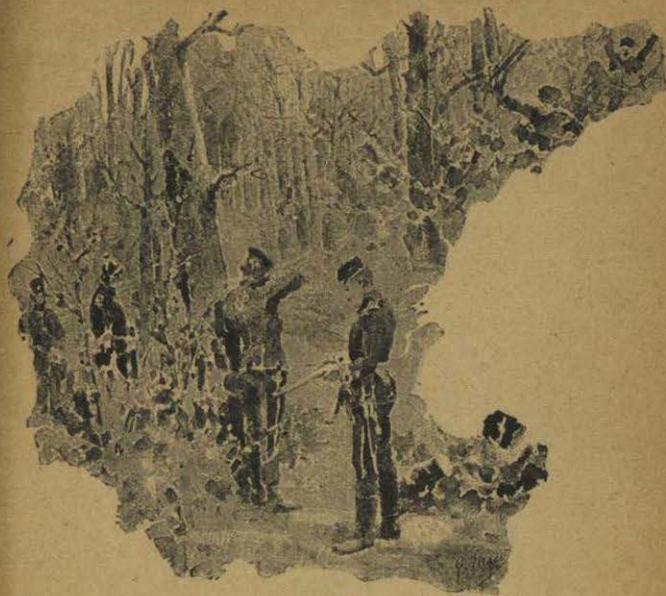


su vez fué tendido de otro disparo. Un tercer individuo de la misma familia salió herido. ¡Si más hubieran acudido, más habrían asesinado aquellos miserables! Se instruyó una parodia de proceso, que terminó con una indemnización de *cuarenta mil francos* que el Municipio de Draveil ha debido pagar á los soldados bávaros...



15 Enero.

... Esta mañana, el Estado Mayor del príncipe de Sajonia ha hecho una gran montería en el bosque. Al oír los disparos de los cazadores tan cerca de mí, experimenté terrible emoción. Créi que se trataba de un encuentro con alguna guerrilla francesa; pero desde la ventana del estudio que domina todo el bosque, he visto por entre las ramas de los árboles desnudos y sin hojas, multitud de soldados sajones corriendo y

gritando por la espesura, mientras que los flamantes oficiales, llenos de alamares y bordados, se emboscaban en todas direcciones.

En la plataforma de la Gros-Chêne ardía una gran hoguera de vivac delante de una tienda de campaña.

Allí se han reunido los cazadores para almorzar, cuando hicieron la señal los cuernos de caza. Oía yo el choque de los vasos, de las botellas que destapaban, de los hurras de los bebedores. En seguida comenzó la matanza de corzos y de faisanes. ¡Ah! Si el pobre Guillard hubiese estado aquí, él, que sabía al dedillo las piezas que había en el bosque y llevaba cuenta de sus crías, y conocía los sitios favoritos de los corzos, cuánto hubiera sufrido con aquella matanza!

Las aves revoloteaban por el aire, no sabiendo ya dónde huir del fuego graneado que se les hacía. Las liebres, los conejos, locos de terror, se metían por entre las

piernas de los cazadores; y en medio de aquel pánico, un corzo herido vino á refugiarse en el corral de la Ermita.

Los ojos de los animales heridos tienen



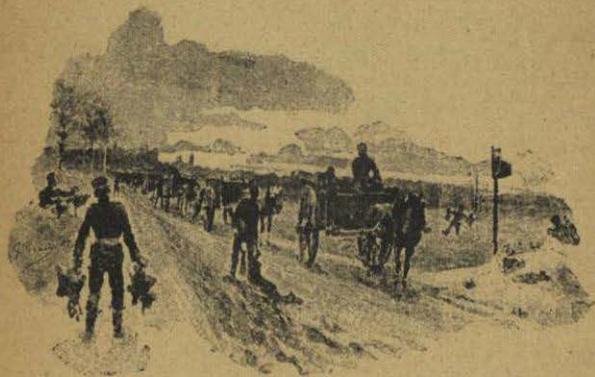
una expresión de asombro y de ternura verdaderamente conmovedora.

Me daba lástima ver á aquel corzo apretándose contra el brocal del pozo, olfateando en todas direcciones y dejando en el suelo la huella sangrienta de sus patas. Sentí redoblar mi indignación contra ese pueblo aficionado al pillaje, que se precipita con la

voracidad de la langosta sobre la Francia vencida, sobre sus viñas, y sus casas, y sus trigos, y sus corpulentos árboles; y que cuando ya ha asolado el país, extermina hasta la caza para no dejar nada con vida en él.

Jamás olvidaré aquella cacería en medio de la guerra, bajo aquel cielo sombrío, en aquel paisaje cubierto de escarcha, en el cual el brillo de los dorados cascos y de las trompas de caza hacían pensar en el cazador negro de las baladas alemanas.

A la caída de la tarde, interminable fila de carretas vino á recoger las piezas. ¡Siniestro espectáculo aquel, como el del campo de batalla á la hora de recoger los muertos y heridos!

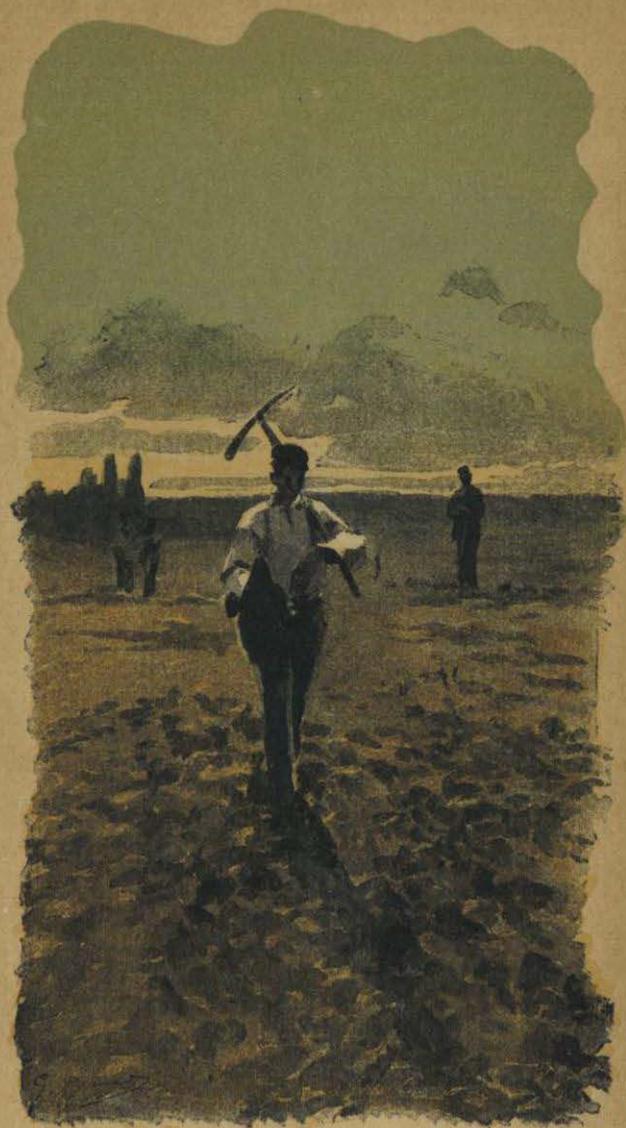


Olvidando la cosecha perdida, para preparar la siembra del porvenir.

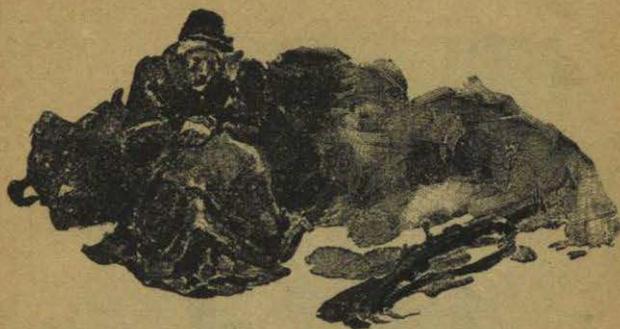
voracidad de la langosta sobre la Francia vencida, sobre sus viñas, y sus casas, y sus trigos, y sus corpulentos árboles; y que cuando ya ha asolado el país, extermina hasta la caza para no dejar nada con vida en él.

Jamás olvidaré aquella cacería en medio de la guerra, bajo aquel cielo sombrío, en aquel paisaje cubierto de escarcha, en el cual el brillo de los dorados cascos y de las trompas de caza hacían pensar en el cazador negro de las baladas alemanas.

A la caída de la tarde, interminable fila de carretas vino á recoger las piezas. ¡Sinistro espectáculo aquel, como el del campo de batalla á la hora de recoger los muertos y heridos!



Olvidando la cosecha perdida, para preparar la siembra del porvenir.

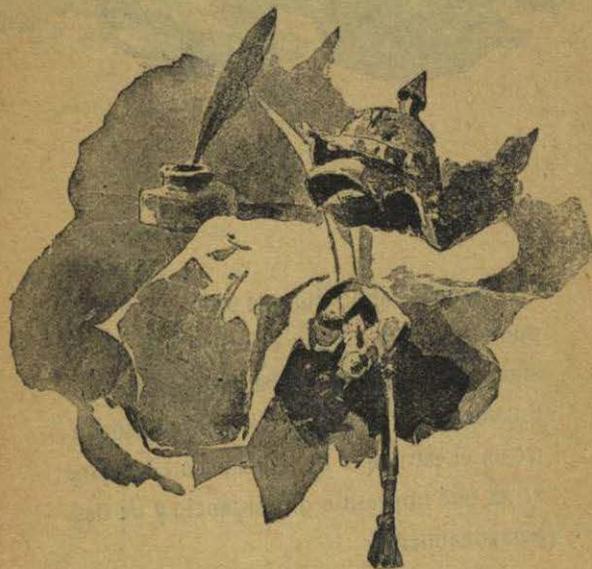


19 Enero.

... Se han batido durante todo el día á las puertas de París. Pero el estruendo de las ametralladoras no llegaba hasta mí tan distintamente como el 2 de Diciembre. Encontré en el estruendo de aquella batalla lejana no sé qué impresión de cansancio y de descorazonamiento.

30 Enero.

...Se acabó. París se rinde. El armisticio está firmado.



ÚLTIMAS HOJAS

Suspendo aquí este diario, en el cual he procurado consignar las impresiones experimentadas en los cinco meses que he pasado en la soledad.

Hoy he vuelto á Davreil en el coche del doctor, pero esta vez sin esconderme. Los caminos estaban llenos de campesinos que regresaban á sus casas. Muchos de ellos han emprendido de nuevo sus faenas del campo. Todos los rostros están tristes, pero no se

oye ni una sola queja. ¿Es fanatismo ó resignación?

Está el pueblo ocupado todavía; los prusianos pasean su triunfo con insolente tranquilidad. Me han parecido, sin embargo, algo menos feroces con los habitantes. He visto algunos que iban llevando de la mano niños del pueblo. Había en aquello algo así como un comienzo de vuelta á sus hogares abandonados, á sus vidas sedentarias, que habían sido turbadas por aquella guerra... Por la noche, al volver á casa, ví á la puerta de la casa del guardabosque á la pobre mujer de Guillard de luto riguroso y casi desconocida. ¡Pobre mujer! Su marido muerto, su hogar en ruinas. Es la desgracia completa. Yo la oía llorar, mientras procuraba poner en orden los despojos de su hogar saqueado.

Ahora todo está silencioso en la Ermita. La noche es clara, el aire templado. Evidentemente la primavera palpita ya bajo esa nieve que empieza á derretirse. El bosque em-

pezará pronto á brotar, y espero ver, antes de mucho, cómo los puntitos verdes de los botones van levantando las hojas muertas.

Allá, lejos de las grandes llanuras tranquilas, sube cierto vaporcillo parecido al del humo que se desprende de un pueblo habitado; y si hay algo que pueda consolar de la guerra, es el reposo de la Naturaleza y de los hombres; esa calma universal de un país herido, que repara sus fuerzas con el sueño, olvidando la cosecha perdida para preparar las siembras del porvenir...



IMPRESA ALEMANA

FUENCARRAL, 137

MADRID

